



*Bernardo Fernández*

---

Juventud  
y  
Educación

---

EN

NUESTRO  
DESTINO

"Cuanto más se sufre, cuanto más duro y lacerante es el rompimiento de las cadenas que nos oprimen".

Sean mis primeras palabras portadoras de un sincero mensaje de confraternidad espiritual a mis compañeros graduandos, quienes me han acompañado en este hogar común durante esta jornada de la cultura y cuyos gratos recuerdos me llevo.

En vuestras libres conciencias y nobles corazones, he encontrado dualidad ideológica. Quiero manifestaros cuán profundamente satisfactorio ha sido encontrar en vuestras mentes y espíritus amplios, campo fértil para esos ideales. Si bien es cierto, que no he visto realizarse íntegramente mis sueños de estudiante institutor, porque la realidad ha reducido la concreción de mis ideales a términos muy exiguos, creo sinceramente que en todas nuestras luchas y reclamos están contenidos los cambios que, en su conjunto, determinarán el progreso y mejoramiento de nuestro querido y siempre glorioso Nido de Águilas.

Hoy no culmina nuestra jornada suprema. La patria reclama nuestras energías y esfuerzos y a ellas nos debemos. Marchemos de la mano, juntos, con la seguridad de que al ir todos en pos de un ideal, ninguno se quedará en el camino. Al unir nuestras manos, se entrelazan dos premisas: Patria y Ciencia. Luchemos por forjar en el alma de la juventud estudiosa clara conciencia de ellas.

Carezco del lenguaje armonioso del poeta, de la prosa erudita y cuidada del filósofo y de los vuelos ampulosos y grandilocuentes del orador para plasmar en este discurso todo lo que en esta noche quisiera decir, pero tengo la sinceridad como fuente y mi juventud como impulso.

Permitáseme pues utilizar las ideas inherentes a un nacionalismo vigente y aquellas que genera una mente que intenta disciplinarse bajo los lineamientos que exige el método científico para exponer, sucintamente, nuestro pensamiento de renovación y rebeldía.

Resulta en extremo difícil expresar el pensamiento, las aspiraciones y los sentimientos de mis compañeros graduandos, no porque carezcamos de una fraternal compenetración espiritual, sino porque ello conlleva polémicas con los conservadores, con los pobres de espíritu y esclavos de los errores del pasado, que viven gimiente entre sus escombros y que renuncian a los ideales nuevos. Ellos están demasiado interesados en cubrir la verdad y en negar la dialéctica histórico-social.

Tal como lo afirmara un pensador hispanoamericano, reconozcamos que toda sociedad es enemiga de toda verdad que perturbe sus creencias más ancestrales. Sabemos que se vive en un mundo social en donde se siembra la mentira y se prospera en ella.

No dudamos que en esta ocasión haya quienes cierren su inteligencia y su corazón porque ya perciben la presencia de un verdadero aguilucho, que designará las cosas y los hechos por su verdadero nombre y que en seis años ha sabido remontarse a las alturas, para otear lo que es puro y saludable y bajar ahora con un nuevo mensaje de verdad institutora, para decirla entre todos y a todos, como se sabe y como se siente, porque la verdad hoy que saberla amar y sentir.

Vivimos, al parecer, en uno de esos períodos de la historia en los que se decide el progreso o la decadencia. Es en uno de esos momentos, cuando muere un mundo viejo y otro nuevo pugna por nacer. Es una época de turbulencia y caos, y no se ve, sino el abismo tenebroso de la revolución y la violencia.

Hasta nuestra tierra llega el resplandor de los nuevos órdenes de la vida. Sobre un mundo deshecho, en que agoniza una estructura feudal capitalista, se comienza a edificar la sociedad del futuro.

En el transcurso de los últimos años, en que se lucha por transformaciones que conllevan la elevación moral y política de la humanidad, el imperativo impostergable de la renovación impone una revisión de ideales, dentro de las orientaciones ya adquiridas, que establezcan un nuevo plan de acción más a tono con las actuales exigencias sociales.

La realidad contemporánea exige a esta juventud una reflexión en función de una dialéctica de ideas y la consignación de nuevos programas de acción. Y esta juventud, al responder a ese llamado histórico, plasmará el inicio de una etapa final cuyo climax será una revolución de sangre, infortunios, martirios y sacrificios, fortaleciendo el pensamiento político del Dr. Eusebio A. Morales. Esa revolución será la génesis fecunda de una nacionalidad enérgica.

Esta imposición histórica es doblemente reveladora. Por una parte exige una participación más estrecha de la juventud en el desenvolvimiento de los movimientos revolucionarios nacionales, que adquieren actualidad como resultado de "desgarradoras contradicciones", contradicciones que muchas veces no sintetizan sin el efectivo lubricante de la violencia. Y por otra parte, impone la superación intelectual de sus militantes. Superación que será el arma efectiva contra la retrógrada pedagogía que nos rige. Ha de ser una pedagogía conforme a la índole de los educandos, que confronte, en la práctica, las aspiraciones filosóficas de nuestra educación: la democratización de las escuelas y la socialización de la enseñanza. Que contemple la realidad individual, nacional e internacional. Que desarrolle un espíritu amplio y nacionalista, una conciencia de clases, que alcance a todos los sectores populares y que sea la mensajera del advenimiento de nuestra revolución.

El alumbramiento de la República, producto de un cuartelazo carente de contenido social, consolida ahora su proyección histórica con el advenimiento de una juventud revolucionaria, que encarna la conciencia misma de días inéditos y promisorios para la patria.

Tras largos años de frustración político social, el pueblo, depositario de nuestra nacionalidad, se prepara a dar la batalla final contra las élites oligárquicas de gobernantes entregados sin reparos al imperialismo norteamericano. Será aunque tangible de renovación patria, el momento en que la sangre caldee la historia y los ideales se exalten, el momento en que el pueblo, presto a cumplir con su destino histórico, exclame al unísono, con voz ardiente y juvenil, con sentimiento audaz y vigoroso "Basta ya. NO PERMITIREMOS MAS ESTA VIDA." Entonces, los viejos lobos de la política, que medran en todos los gobiernos bajo los disfraces democráticos, y la oligarquía, con sus camarillas exentas de moral y de ideales progresistas, que han explotado la patria como una hacienda particular, para preservar sus lacras y aumentar su peculio, caerán avasalladas por el peso de la justicia histórica.

El pueblo panameño, guiado por una juventud pensante y actuante, que sabe comprender y amar el porvenir, no puede luchar en forma desorganizada, pues sería circunstancia propicia a que subsistan las pretensiones egoístas de cerradas y estrechas minorías.

Y es por eso, que los estudiantes Institutores, manifestamos que es indispensable establecer vínculos populares más firmes, tenemos el deber de forjar una sólida unidad de todas las fuerzas y sectores populares, frente a la burguesía criolla y sus grupos más regresivos. Porque ante cada movimiento del pueblo, que anuncia su despertar, la oligarquía se mueve y moviliza sus órganos de represión. Así vemos, que conscientes del momento histórico en que viven, no aceptan la idea de la superación intelectual de los verdaderos valores nacionales, impidiendo su labor docente de luz y de verdad a las nuevas generaciones.

Si conseguimos que la unidad de todos los sectores progresistas del pueblo panameño se constituya en la bandera contra el actual régimen de explotación capitalista, habremos hallado la manera de que el pueblo encuentre la verdad basando sus sacrificios en los postulados esenciales que la estructura ideológica socialista sostiene. Si ahora cultivamos esas fuerzas, nuestra victoria será total.

Somos revolucionarios porque creemos que es un deber ineludible hacer vigente el derecho inalienable de la libre determinación que nos asiste, mediante el rompimiento de las cadenas que nos sujetan al decadente imperialismo norteamericano en contubernio con una oligarquía amorfa; porque aspiramos a demoler los cimientos de una estructura social arcaica; a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera; a que el cultivo de la tierra corresponda a las necesidades básicas de un pueblo en la indigencia, mediante la expropiación de tierras a la cuasi clase terrateniente, y entregarlas al campesino panameño, a la integración cultural y político-social de la clase indígena, hoy paria en los que fueron los dominios de Urracá, París y Veraguas.

Somos revolucionarios, porque en síntesis, no descansaremos, ni aún después de lograr la socialización de la riqueza nacional. Porque quere-

mos al panameño libre de toda dominación económica, política y moral, sin más limitación a la libertad que la libertad igual de los demás. Somos libres de espíritu y nuestra conciencia social crece a medida que se robustecen los movimientos estudiantiles.

De las severas etapas de la prerevolución, la dialéctica entre las Instituciones e ideologías del viejo mundo y las renovaciones del nuevo impone la necesidad de establecer un orden racional en el plan de acción. La educación es el primer peldaño que hoy que ascender para alcanzar la meta impuesta, la luz de la vida que señalara el camino para plasmar los nuevos destinos del pueblo.

Un ligero análisis de la educación panameña, sería claramente revelador del estado de profunda crisis y abandono en que se encuentra. Bastará señalar como evidencia manifiesta de esa situación, la mercantilización progresiva que se viene dando en la educación. Mientras que la enseñanza pública se imparte en condiciones que no contribuyen a hacer realmente efectivo el progreso de aprendizaje, la educación privada, especialmente la eclesiástica, patrocinada en gran parte por los intereses oligárquicos en función de gobierno, prospera cada vez con mayor intensidad, como patrimonio exclusivo de encontrados intereses políticos y religiosos.

El estado panameño en el que vemos todavía el concepto de una Iglesia privilegiada, ha venido renunciando a determinados derechos y deberes cuya transferencia es sumamente perjudicial a los sagrados intereses del mismo. Uno de esos deberes, repetimos, es el de conductor de la educación. Es cierto que nadie debe negarle a los individuos que profesen una determinada fe el derecho a educarse en sus comunidades religiosas. Pero cuando se trata de proteger los derechos de las generaciones venideras y la guarda de especiales intereses de la nación, la educación de la juventud solamente debe incumbir al estado. Cabe afirmar con Jephtha B. Duncan, "Que las escuelas de la república deben ser de la nación y para la nación en su conjunto, y no patrimonio exclusivo de ningún partido político, ni de ninguna secta religiosa, ni de ninguna clase social."

Posiblemente, cuando se inquieran las causas que motivan esta situación, se responda que la misma obedece a apremiantes necesidades del momento. Sin embargo, hay razones que van más allá de tan superficial excusa. Qué persigue la oligarquía cuando quiere volver a una escuela "en donde lo alto de las plataformas escolares sean vestigios del púlpito, y las cúpulas y prominencias de nuestros planteles... remedos de las torres conventuales del pasado." Debemos recordar que la historia nos señala la influencia eclesiástica en los menesteres socio-políticos y culturales de los pueblos, y que siempre está unida a las castas de gobernantes antipopulares por lazos económicos y políticos, no doctrinarios, ni teológicos; quizás para preservar un orden que a ambos conviene. Manteniéndose en la actualidad, como en un último esfuerzo mancomunado por

sostener un dique que pudiese detener las inexorables corrientes del pensamiento dialéctico, en su expresión más pura: las guerras de liberación nacional de los pueblos.

La confabulación de la oligarquía con los consorcios extranjeros es cosa sobida por nuestro pueblo. Y esto constituye un acto de lesa patria, ya que una educación moldeada a sus intereses produce por abstracción evidente, ya no sólo la entrega física y moral, sino también espiritual, tanto a las castas gobernantes como al imperialismo norteamericano.

Expuestos estos tres factores limitantes de la orientación educacional por parte del estado, debemos estimar que si reconstruimos sobre ruinas un edificio, no llevamos la certeza de su solidez, pues aunque intentemos racionalizar el fin para el cual fueron designadas estas ruinas, nunca, por más que quiséramos, lograríamos abstraer, en su totalidad, los fines que persiguieron sus creadores, ni los fines que pudiesen rendirnos. He aquí la causa racional que nos lleva a afirmar que es indispensable una reestructuración de la educación panameña, una nueva definición, una nueva pedagogía y una nueva concepción democrática.

A eso aspiramos. A una nueva escuela que refleje los anhelos y aspiraciones del pueblo; en donde los programas respondan a las necesidades vitales de los educandos y revelen sus valores específicos.

Sabemos, sin embargo, que las fuerzas más regresivas de nuestra sociedad se han confabulado para inculcar en la memoria colectiva el miedo a la revolución, y a todo aquello que representa reivindicaciones para el pueblo panameño. Cuando se habla de cambios, de revolución y de socialismo, cunde en todas partes el miedo hipócrita que habla siempre del hogar y la patria comprometidos, el miedo que produce el espectáculo indigno de políticos movilizándose en las sombras e intelectuales llamándose a silencio.

Y es en las instituciones educativas en donde centran sus esfuerzos, en donde aspira a imponer la burguesía, su sello de dominio. Pero el estudiante es consciente de que con ello patentizan su decadencia y su ingente amorfismo espiritual. Muchas veces se ha dicho que a la escuela panameña le falta orientación y es porque el mismo gobierno carece de la idea de progreso y son incapaces, en tales condiciones, de imprimírselo a la escuela. Con acierto y responsabilidad cívica, manifestaba el profesor Federico Velásquez en ocasión de pronunciar un discurso: "Crean ustedes que se puede pedir a la escuela que acabe con la inmoralidad, si es el mismo estado el que tolera y organiza sus planes fiscales basado en las entradas que da el alcohol, las cantinas y los demás cabarets. Crean ustedes que se puede decir que la escuela no ha enseñado a labrar la tierra al campesino, si el estado es sordo a las demandas de los educadores por materiales agrícolas y a la creciente solicitud de tierras de labranzas por parte del campesino. Crean Uds. que puede lograrse un espíritu de superación individual y colectivo en una escuela que sólo es una choza sin bancas, ni tablero, ni libros."

El trabajo educativo es limitado y está supeditado a factores fuera del alcance de la escuela y que responden a un orden social existente. Sin embargo es imprescindible hacer notar que el factor interno de la escuela debe poseer las mejores cualidades para su máximo desarrollo.

Todos los anteriores razonamientos nos conducen inevitablemente a sentar una premisa: La educación no podrá reformarse, parcial o totalmente, en las actuales condiciones de vida panameña: ante todo, sólo queda un camino digno e ineludible, la revolución en todos los órdenes de la vida nacional.

El respeto a la jerarquía administrativa y a la superación intelectual no es practicable dentro del engranaje gubernamental educativo, porque las relaciones profesor, director y gobierno están basadas en las delaciones políticas de los dos primeros y los representantes oligárquicos del tercero.

Con frecuencia hemos señalado los estudiantes que nuestra rectoría estuvo en manos, no de profesionales competentes, sino de políticos profesionales.

Y esta anomalía retrospectiva alcanza al cuerpo de profesores con todo y el sistema de nombramientos con que cuenta, que no escapa, como todas las instituciones nacionales, al influjo de una política fetichista.

Y he aquí la causa primigenia de una desorganización profesional de un sector del profesorado institutor.

Es necesario e imperativo, de la juventud estudiosa proclamar muy en alto, en defensa de sus nobles aspiraciones, las anomalías de las relaciones de convivencia educativa entre profesor y estudiantes.

Y esto es así, porque sin una cabal comprensión de las condiciones necesarias para impartir la enseñanza, no se podrá garantizar la realización de los objetivos fundamentales de una nueva educación panameña.

La postura de todo educador, debe tener como norte la convivencia sana y fecunda entre profesor y estudiante y la comprensión integral del alumno mediante la valorización de su personalidad a través de la práctica de aquellas virtudes que deben tener resonancia en la subjetividad del educando a fin de darle una formación moral, orientada hacia la adquisición y el fortalecimiento de su acervo cultural.

Es condición esencial del verdadero educador, poseer buenas facultades analíticas, una comprensión integral de lo fundamental en su campo, habilidad y actitud para definir y formular problemas y preguntas y el reconocimiento de las limitaciones prácticas en la aplicación de la teoría.

Y cuán pocos son los que reúnen estas cualidades, cuán pocos son los que aplican métodos y conceptos de acuerdo a las realidades particulares.

Cuántos poseen una conciencia social, una mente revolucionaria? cuántos poseen idoneidad, naturalidad, seguridad, eficacia y sacrificio? Quienes las reúnen reciban mis reverentes respetos porque son ellos, quienes han moldeado nuestros caracteres y nuestra personalidad. A los otros mi exhortación a que nos acompañen en la lucha que hoy iniciamos para bien de nuestro pueblo.

La suerte me ha brindado la oportunidad de poder exteriorizar ideas íntimas que por largo tiempo he guardado. Quizás no sean verdades inéditas, pero las circunstancias le dan un matiz diferente. Es el momento en que los aguiluchos ascienden sin reposo hacia "remotas cumbres", cumbres de virtudes cada vez menos imperfectas; es el momento de manifestar nuestra definición social; es el momento en que estamos preparados para marchar junto a nuestro pueblo hacia la cima de la justicia y la verdad, verdades cada vez menos inexactas.

Dice Sócrates: "que la vida es ciertamente una invitación a la lucha, pero para poder luchar, confiar en el triunfo lo primero es conocernos a nosotros mismos." Y este acto reflexivo de nuestros ideales requiere una comunidad que garantice su realización y qué mejor oportunidad que esta en que nos acompañan nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros familiares, nuestros amigos. Hoy individualmente nos preguntamos: Es deber moral luchar por los postulados que impone el devenir histórico o abstenernos de luchar por temor a equivocarnos?

Quienes se abstengan de luchar serán perpetuos cómplices de una sociedad anacrónica, serán siempre hombres mediocres, sombras oscuras de una raza de titanes. Viajarán en pos de triunfos que no son suyos, o serán lacayos serviles de los tradicionales amos. Serán hombres que vegetarán en el hambre. Y llegará el momento en que pierdan la tutela de sus amos, y entonces, extraviados, se arrepentirán ya tarde, o sucumbirán arrastrados por su propio infortunio.

Es amoral no luchar por temor a la derrota, por temor a la equivocación, porque el hombre de principios nunca es vencido, prefiere mil veces equivocarse con tal de obtener el triunfo final.

Quienes vayan a la lucha cumplirán con su destino histórico. El fragor de la lucha, y los sufrimientos primeros, fortalecerán su carácter y modelarán su personalidad. Sufrirán, pero con el espíritu plétórico de esperanzas y de bondad, y ávido de justicia social. Aspiramos a ser "científicos que sacrifiquemos nuestras vidas en los laboratorios, profesionales que marchemos hacia la superación intelectual y moral, patriotas que mueren por la libertad," padres que sufran por sus hijos e hijos que sucumban por sus padres. Seamos profundos en la vida, libres de pensamientos y enérgicos en la acción. Procuremos cada uno analtecer la escuela, el hogar y la patria, agitando nuestro común emblema bien en alto, entre propios y extraños; encontrar en la ciencia la verdad, como en la moral el bien y en el arte la belleza.



Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda clase en su pueblo, así también aspiremos a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad. Miremos siempre hacia el porvenir, como si el pasado hubiese muerto a nuestra espalda, que no exista el ayer, sólo el mañana.

Es necesario que seamos execradores del ingrediente económico, que marginemos los intereses particulares, y que aborrezcamos la hipocresía, la vanidad, la medicidad, la envidia y el temor.

Por nuestros principios, por nuestros ideales y por el futuro de nuestra escuela, nuestro hogar y nuestra patria, hoy juramos solemnemente, ante el altar sagrado de nuestras mentes y corazones, y teniendo como único testigo la integridad de nuestra propia conciencia moral, redoblar nuestras fuerzas para alcanzar la meta final.

¡EL PODER PARA EL PUEBLO!

Muchas Gracias,

(Discurso del estudiante Bernardo Fernández en el acto de graduación del Instituto Nacional (1966).

